

BLANCHOT ENTRE NOSOTROS

Túa Blesa, *Maurice Blanchot. La pasión del errar*. Barcelona, Edicions Universitat de Barcelona (“Figura”), 2020, 300 pp.



Maurice Blanchot. La pasión del errar es un libro largamente esperado, del que habíamos escuchado retazos en diversos encuentros en la Universidad de Barcelona desde la primera década del siglo XXI, y que se anunciaba, desde hacía tiempo, como ese *livre à venir* de Túa Blesa que tantos de nosotros —esa comunidad inconfesable que somos los lectores de Blanchot— esperábamos. Un libro paciente-mente meditado fruto de una larga convivencia con su obra, lo cual se ve, por lo demás, en algunos gestos críticos y procedimientos de escritura, así como en una actitud ética ante el lenguaje y la representación que se aprecia, entre otros lugares, en sus lecturas de la poesía española contemporánea, y que en un 2020 en el que casi todo ha quedado suspendido y como arrastrado a la urgencia del no

tener palabras, marca un antes y un después en la crítica española.

Pasiones blanchoteanas

Blanchot no es un nombre al que la academia española haya dedicado, hasta la fecha, una excesiva atención. Es cierto que algunos autores lo citan puntualmente, para otros es una referencia fundamental y hay todavía unos pocos más que han hecho un gran trabajo de traducción y edición de su obra en castellano. Sin embargo, Blanchot continúa siendo, en gran medida, un ausente —por no decir un *partenaire invisible*— en la crítica española, a pesar de que sus ideas sobre la literatura nos lleguen, inevitablemente, a través de las lecturas de Foucault o de Derrida, por citar tan solo a un par de los muchos herederos del escritor y crítico francés. Consultando la amplia bibliografía de *Maurice Blanchot. La pasión del errar* aparecen en ella, salvo error de quien esto escribe, sólo ocho autores españoles, seis de ellos contemporáneos, lo que da cuenta de la extrema soledad de la labor de alguien que, por lo demás, no está nada solo, como se advierte en el reciente volumen de homenaje, de más de

1400 páginas, que le ha dedicado *Tropelías* en octubre de 2020, y en el que participan, entre otros, poetas como Gamoneda, Sánchez Robayna o Gimferrer, a los que ha leído con atención¹.

Es posible, sin embargo, trazar un fino hilo que muestra la presencia fantasmal del escritor francés en la literatura española contemporánea. Era Sánchez Robayna justamente quien, siendo estudiante de la Universidad de Barcelona —universidad en la que, cuarenta y cinco años después, yo mismo enseñé—, publicaba en 1976, justo después de la muerte del dictador, y con ayuda de la propia universidad, la revista *Literradura*. El prólogo del número 2-3 (febrero-marzo de 1976) citaba a Blanchot para trazar una genealogía en la que no ha dejado de insistir el poeta canario hasta la fecha: “Desde Mallarmé somos conscientes de la ausencia y el silencio de una palabra que nombra lo vacío, esto es, que se nombra a sí misma” (*Literradura* 1976:3). Blanchot, que aparece al comienzo de *La inminencia*, los diarios de entre 1980 y 1985 de Sánchez Robayna, no habrá dejado de ser una referencia en todo este tiempo para él. Dando un salto temporal, en 2021 Pol Guasch, un joven poeta tarraconense recién licenciado en Estudios Literarios en la Universitat de Barcelona, publicará el poemario *La part del foc* en referencia directa a *La part du feu* blanchoteana, la parte de lo abandonado y del sacrificio, que sería justamente el ámbito propio de la literatura. Lo que ha cambiado desde un momento a otro es la introducción —lenta, parcial y siempre sujeta a suspicacias— en algunas de nuestras universidades del nombre y las escrituras de Blanchot. *Maurice Blanchot. La pasión del errar*, editado por la propia Universitat de Barcelona, marca, sin embargo, un antes y un después, colocando a Blanchot en el lugar que le corresponde.

Errancias del pre-estructuralismo

Si Blanchot puede ser tratado y estudiado desde las universidades, no se deja acomodar fácilmente a las categorías y clasificaciones al uso. Por esa “falta de engranaje con las teorías dominantes” (p. 34) y por *la pasión del errar* que el libro de Túa Blesa circunscribe, la obra de Blanchot, más que una obra de teoría daría forma a “la posibilidad de una ateoría” (p. 37), de una teoría acéfala o de una escritura más allá de cualquier fundación y fundamento.

A poco que leamos con atención a esa constelación intelectual de autores a los que se ha llamado “estructuralistas” y “post-estructuralistas”, veremos que su concepción de la literatura está en gran medida atravesada por la experiencia literaria circunscrita por Blanchot en libros como *L’espace littéraire* (1955) y *Le livre à venir* (1959). La paradoja es que, entre los filósofos y críticos culturales que movilizan hoy en día a Foucault, Derrida o Deleuze —y esto incluye, con más motivo, a muchos de sus relectores actuales: Paul B. Preciado, Slavoj Žižek, Judith Butler...—, difícilmente se encuentra ese trasfondo literario que propició en gran medida la emergencia de la tradición en la que estos autores se amparan —sólo unos pocos nombres, como el de Agamben, parecen encarnar a día de hoy algo de

¹ Joan Cabó Rodríguez (2016) ha dedicado un primer artículo a estudiar la recepción de Blanchot en lengua castellana y catalana, cuestión sobre la que cabría continuar profundizando. En este caso, como en tantos otros, el sintagma “en España y América Latina” sirve para colocar en el *centro* —o dar mayor centralidad— a una España que hace tiempo que pasó a estar, acaso sin saberlo, en el *entre*.

la experiencia literaria que atraviesa las escrituras blanchoteanas. Como es sabido —aunque quizás ese trazo haya quedado olvidado en muchas lecturas filosóficas de esa tradición—, “estructuralistas” como Foucault² y Derrida³ encontraron en la obra de Blanchot y en la nueva literatura el modo de desbordar la concepción sartreana de la literatura y, al mismo tiempo, lo que de limitado y limitador había en el propio estructuralismo, abriéndose al exceso de las formas y de la ciencia.

De hecho, Blanchot —que nunca se interesará por el estructuralismo como tal— será uno de los principales precursores o anticipadores del post-estructuralismo (“Blanchot con su escritura se adelantó al postestructuralismo, su obra es postestructuralista *avant la lettre* y no parece exagerado afirmar que con ella se abre paso el postestructuralismo” [p. 36], escribe Túa Blesa). Lo que no quiere decir tanto que Blanchot atravesó el estructuralismo (pues, como hemos dicho, fue en gran medida ajeno a ese movimiento en lo que tuvo de teórico y científico) como que su obra contenía una experiencia que permitirá a los estructuralistas, como reconoce Blesa en su libro, desbordar el movimiento científico que atravesaban. Esa experiencia paradójica sobre la que vuelven una y otra vez las escrituras de Blanchot es la experiencia literaria de la modernidad (es decir, la experiencia literaria tal como emergió históricamente con el primer romanticismo alemán), la cual consigue traspasar a la crítica y que, a su vez, los (post)estructuralistas traspasarán a la filosofía y a las ciencias humanas. Comunicación no de un contenido, sino de un afecto. No es, pues, un disparate señalar que los “estructuralistas” consiguieron desbordar la perspectiva científica de Lévi-Strauss gracias, no sólo a la política y al psicoanálisis, sino también a la literatura, ámbitos que constituían tres formas del exceso que les hacía conectar con el pensamiento literario de Blanchot y la experiencia interior de Bataille, las cuales ya habían desbordado en los años cuarenta las perspectivas fenomenológicas de la filosofía existencial. Basta con volver sobre la carcajada que aparece como *origen* al comienzo de *Las palabras y las cosas* (1966) de Foucault para ver el gesto excesivo que funda y desfonda al mismo tiempo su arqueología —gesto eminentemente blanchoteano.

Con lo dicho, se observa cómo el destiempo es una de las figuras que atraviesa toda la obra de Blanchot. Si el espacio literario aparece como un espacio de la ausencia de tiempo, sus relaciones con el mundo y los modos de la moda tienen que darse, por fuerza, desde el diferimiento y desde un anacronismo intempestivo. Blanchot fue así alguien que en 1943 era considerado por Sartre, desde *Cahiers du Sud*, como un epígono oscuro del surrealismo —es decir, como una mera rémora del pasado— sin saber que en 1966 sería él mismo enviado al pasado por el blanchoteano Foucault, quien

² Afirmaba Foucault, poco antes de su muerte, en 1984, llevando a cabo una arqueología de una pasión literaria: “J’appartiens à cette génération de gens qui, lorsqu’ils étaient étudiants, étaient enfermés dans un horizon qui était marqué par le marxisme, la phénoménologie, l’existentialisme, etc. [...] Pour moi, la rupture est venue avec Beckett: *En attendant Godot*, un spectacle à vous couper le souffle”, obra que vio en enero de 1953. A lo que añadía: “Puis j’ai lu Blanchot, Bataille, Robbe-Grillet —*Les Gommages*, *La Jalousie*, *Le Voyeur*— Butor aussi, Barthes —les *Mythologies*— et Lévi-Strauss. Tous ces auteurs sont très différents les uns des autres, et je ne veux aucunement les assimiler. Je veux dire qu’ils ont marqué une rupture pour les gens de notre génération” (Foucault, 1984: 1427).

³ Cabe ver algo análogo en Paul de Man (quien, como Derrida, también refiere al surrealismo), tal como recoge Túa Blesa en su libro (p. 34).

pasaba a presentarlo como un filósofo del siglo XIX⁴ —un Foucault que afirmaría tiempo después respecto a la década de los cincuenta-sesenta: “En aquella época, soñaba con ser Blanchot” (Eribon: 91). Por lo demás, en los años ochenta y noventa Marguerite Duras tenía que recordar que Blanchot todavía estaba vivo y que, junto con Bataille, fue quizás uno de los únicos autores que llegaron a escribir⁵.

Siguiendo esta misma serie, es hoy, en 2020, cuando Túa Blesa nos recuerda que el *partenaire invisible* al que se refirió Christophe Bident está hace tiempo entre nosotros, y lo está, entre otras formas, en su escritura crítica y en sus lecturas de poesía contemporánea. Pues Blanchot está también *de cuerpo presente* —haciendo palpable *la presencia de una ausencia* en el cadáver del lenguaje— en el cuerpo de la escritura que la lectura anagramática restituye, la cual —junto con la lectura conjunta de las escrituras críticas y de creación de Blanchot— es posiblemente una de las más singulares aportaciones de este libro. Blesa excava la superficie del texto blanchoteano y descubre letras por debajo de las letras, letras que —en su misma superficie— se fragmentan y se combinan con otras de modo disparatado, mostrando que “traduire est [...] folie” y que *folie* es “*faux li*” (p. 174) —que traducir es una locura que pasa, inevitablemente, por una mala lectura, una lectura en falso que, sin embargo, abre el sentido y la escritura. El delirio anagramático consignado en las páginas 173-174 por el atento lector que es Túa Blesa no debe de tomarse como una frivolidad, sino como el punto extremo en el que se hace legible la ilegibilidad de Blanchot gracias, entre otras cosas, a poetas como Ignacio Prat, José-Miguel Ullán, Eduardo Hervás o Leopoldo María Panero. Poetas que Blanchot nunca leyó, pero que nos ayudan a leerlo como él nunca pudo leerse a sí mismo. Con ellos y con Túa Blesa se hace posible escuchar en “légèreté” la ligereza de la lectura (*legere*) (pp. 74-75), en “L’angoisse du langage” una misma raíz fantasma (“*langoisse*” y “*langage*”) (p. 76) y en *L’attente l’oubli* la latencia de la palabra “latent”, con la cual, como si estuviéramos ante un relato de Raymond Roussel, acaba el relato, señalando hacia el olvido latente inherente a toda lectura y hacia el centro vacío que alberga la escritura. Por ese procedimiento de lectura se accede, siempre parcial y puntualmente, al silencio de la escritura (Blesa 1998), a *la presencia de una ausencia* que insiste entre los fragmentos de la escritura. “Quand je parle”, escribía Blanchot en “La littérature et le droit à la mort”, texto fundamental al que vuelve Túa Blesa en diversos momentos de su libro, “je nie l’existence de ce que je dis, mais je nie aussi l’existence de celui qui le dit”. Y también, en lo que supone una tercera negación en acto: “Quand nous parlons, nous nous appuyons à un tombeau”.

⁴ “La *Critique de la raison dialectique*, c’est le magnifique et pathétique effort d’un homme du XIX^e siècle pour penser le XX^e siècle. En ce sens, Sartre est le dernier hégélien, et je dirai même le dernier marxiste” (Foucault 1966c:569-570).

⁵ “Lorsque Marguerite Duras, dans les années quatre-vingt et quatre-vingt-dix au sommet de sa gloire nationale et internationale, finit par se rendre aux propositions d’entretiens télévisés, elle se voit comme obligée, malicieusement, de rappeler que Blanchot, oui, vit encore. Emportée contre l’imposture qui, dit-elle, reconnaît en Sartre le plus grand écrivain du siècle, elle met alors tout le poids de sa notoriété à signaler, chaque fois, qu’il n’y eut peut-être que deux écrivains, en ce siècle, à *écrire*: Bataille, Blanchot” (citado en Bident: 533).

Presencias de la ausencia

Según Blanchot presenta en aquel escrito, el ser mismo de la literatura —que emergería en el siglo XX con las voces disidentes del surrealismo— estaría ligado al Terror al que se refiriera Jean Paulhan y a la vida del espíritu de la que hablara Kojève. Si la literatura, por un lado, se constituye como tal en el momento en que se aparece como una interrogación sobre ella misma (dejando en suspenso, justamente, su misma constitución), por el otro lado aparece como la posibilidad de *decirlo todo*, cuestión de cuya genealogía se ha ocupado el propio Túa Blesa (Hidalgo Nácher: 16), a partir, entre otros, de un texto de Paul Éluard escrito en 1937, en plena Guerra Civil Española (en el que se refería a “le grand souci / DE TOUT DIRE”). Quizás no esté de más recordar esto en un país en el que durante mucho tiempo ha sido sojuzgado por una dictadura —un tiempo que no sabemos del todo si es sólo pasado, pues amenaza a cada momento con volver, y emerge como ya-coagulado-desde-siempre a poco que nos pongamos a desarchivar el pasado— y una crítica académica que, no por casualidad, ha tenido en España a una de sus figuras capitales en Dámaso Alonso, alguien que, como aclara el autor de este libro, desde 1940 “sitúa su trabajo teórico en una poética de la presencia, de una presencia divina” (p. 78). Algo que cabe señalar por contraste ya que, en contraposición a Dámaso Alonso, y a unas *Presencias reales* de George Steiner que no dejan de ser una respuesta a Derrida (p. 79), este libro parte de la experiencia de la muerte, la cual remite oscuramente a otra guerra, y en ella al verano de 1944, en el que Blanchot estuvo a punto de ser fusilado, “arrêt de mort” que daría lugar a la publicación, cincuenta años después, del relato titulado *L’instant de ma mort*. En un país que estuvo demasiado tiempo sojuzgado por un Caudillo por la Gracia de Dios, estas escrituras nos hablan desde un mundo en que ya ha acontecido la muerte de Dios y la crisis del sentido que involucra: caída del cosmos, experiencia del desastre. Como señala Túa Blesa, “una poética así [la de Dámaso Alonso y la de George Steiner], teológica, acaba por fundarse sobre un mito, el del dios creador, quizá el mito por excelencia, quizá el mito creador del mito” (p. 80) —mito que, como constata el crítico, no es inocuo, sino que tiene implicaciones políticas. Al lado de esa poética teológica, que aún hoy insiste y que no descansa, y que tan bien casaba con el franquismo, Túa Blesa ha ido horadando el verso, como otro Mallarmé, para, en la lectura, encontrar dos abismos; y, como otro Kafka, amasando la roca y recorriendo los pasillos interminables de *La obra* para introducirnos en una obra que nos rechaza⁶.

Siguiendo esta lectura, vemos cómo el “entre” (espacio intersticial que, en este texto, parecería una invitación a entrar en una imposible heteroglosia) al que nos referíamos anteriormente proviene de la obliteración de la “c” de “centre” (centro): caída del círculo y abertura a la errancia del sentido. El propio Túa Blesa señala la importancia de la noción de centro en Blanchot. Un centro que, sin embargo, no es algo firme y estable, sino un punto enigmático perseguido por la escritura y en constante desplazamiento. No será casual, pues, que el capítulo que se dedica a esas cuestiones, “para una fuga del círculo”, se encuentre en el centro del libro, en un centro que, no podía ser de otro modo, se halla constantemente desplazado por el resto de capítulos e, incluso, por su bibliografía, la cual aparece en el índice como un capítulo más que quizás debiéramos leer, tras el “Apocalipsis de la

⁶ “Desde fuera solo se alcanza a ver un gran agujero, y enseguida se topa uno con la pared de roca natural” (Kafka: 907).

escritura” con que se cierra el libro, como la última palabra, las últimas palabras de un libro que de ese modo puede así recomenzar. Recomenzar que remite a otra de las cuestiones que aquí vuelven con insistencia: la que plantea que la lectura se prolonga en la escritura y que no hay escritura más que a partir de lo leído, en un movimiento que, sin embargo, no es de continuidad, sino de interrupción y de fractura, siendo toda escritura un recomenzar en el que la vuelta al origen supone su transformación y su diferimiento. Como afirma Blanchot, “la littérature va vers elle-même, vers son essence qui est la *disparition*”, frase que repite Blesa, y que parafrasea señalando que “el hombre va hacia sí mismo, hacia su esencia, que es su desaparición” (p. 142).

Maurice Blanchot. La pasión del errar es un libro que nos habla de y desde el compromiso en la literatura a través de una lectura cuidadosa y demorada de las escrituras críticas y de creación de uno de los escritores fundamentales del siglo XX (aunque, una vez que hemos entrado en esa relación Blanchot-Blesa, ¿cómo diferenciar claramente esos “géneros” y “modalidades” de escritura?, ¿dónde marcar una línea de demarcación firme entre la crítica y la creación?). Y digo fundamentales del mismo modo que podía referirse Pere Gimferrer a Arthur Rimbaud al afirmar en una célebre conferencia de 1991 que todavía somos contemporáneos de Rimbaud, en el sentido en el que nadie habría ido, hasta la fecha, más lejos que él en la aventura poética. Quizás lo que ocurre es que raramente llegamos a ser contemporáneos de Blanchot, en el sentido en que nuestra crítica y nuestra literatura habitarían por lo común un tiempo, no diré anterior, pero sí mucho más confortable —más ciego pues y más sordo— que la intemperie blanchoteana. ¿Sabremos leer como Túa Blesa? ¿Entraremos en la relación de lectura que nos propone Thomas el oscuro? Alguien al que, al leer, no le devuelve la vista una única palabra, sino que, al dirigir hacia ella su vista se ve interpelado “par tous les mots qui se trouvaient dans ce mot, par tous ceux qui l’accompagnaient et qui à leur tour contenaient en eux-mêmes d’autres mots, comme une suite d’anges s’ouvrant à l’infini jusqu’à l’œil de l’absolu”. *Ce qui nous voyons, ce qui nous regarde*, escribirá tiempo después Georges Didi-Huberman. Túa Blesa ha pernoctado largamente cerca de las escrituras de Blanchot. “Qu’arrive-t-il lorsqu’on a trop longtemps vécu dans les livres ?” : “On oublie le premier et le dernier mot”. Lo que abre justamente la posibilidad de la lectura. Desde este momento, acabar sólo puede ser *entrar en una nueva relación* que permite dejarse afectar, al leer “ce qu’il reste à dire” (p. 264), por el *désastre* de la literatura, entregándose a ello y a “*la merodeante convicción / de que esto hay que decirlo de otra manera que / así*”.

Max HIDALGO NÁCHER
Universitat de Barcelona
maxhidalgo@ub.edu

Bibliografía

- AA. VV. (2020): *La escritura como estuario de la crítica. Textos in honorem Túa Blesa* (coords. Juan Carlos Pueo y Alfredo Saldaña), *Tropelías*, núm. extraordinario 7; en <https://papiro.unizar.es/ojs/index.php/tropelias/issue/view/326> [Consulta: 4-01-2021].
- BIDENT, Christophe (1998): *Maurice Blanchot. Partenaire invisible (essai biographique)*. Paris: Champ Vallon.
- BLESA, Túa (1998): *Logofagias. Los trazos del silencio*. Zaragoza, *Tropelías* (“Anexos de *Tropelías*”, 5.
- CABÓ RODRÍGUEZ, Joan. “Les traduccions i la recepció crítica de l’obra de Maurice Blanchot a Espanya i a l’Amèrica Llatina (1965—2015)”. *Anuari TRILCAT*, (6), 32-52; en <https://www.raco.cat/index.php/AnuariTrilcat/article/view/316089> [Consulta: 4-01-2021].
- DERRIDA, Jacques (2017). “Esa extraña institución llamada literatura. Una entrevista de Derek Attridge con Jacques Derrida”. *Boletín del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria*, (18), octubre. Traducción de Vicenç Tuset, 115-150. Entrevista de 1989.
- ERIBON, Didier (2004): *Michel Foucault*. Madrid: Anagrama.
- FOUCAULT, Michel (1984): “Archéologie d’une passion”. En *Dits et écrits II*. Paris: Gallimard, 2001.
- HIDALGO NÁCHER, Max (2020). “Tradiciones por venir”. *Tropelías* (núm. extraordinario 7), 10-27; en <https://papiro.unizar.es/ojs/index.php/tropelias/article/view/4802> [Consulta: 4-01-2021].
- KAFKA, Franz (2003) “La obra” (finales de noviembre-diciembre 1923), 907-943, *Obras Completas III. Narraciones y otros escritos*, trad. Adan Kovacsics, Joan Parra Contreras y Juan José del Solar, ed. Jordi Llovet, Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- LITERRADURA (1976, febrero-marzo). Prólogo. *Literarradura*. 2-3. Barcelona. Febrero-marzo.